

Retiro n. 106 – 10 abril 1979 –

## PASIÓN DE NUESTRO SEÑOR

¡Cuántas cosas se podrían decir de la Pasión del Señor! Esas horas larguísimas desde Getsemaní hasta el Calvario, desde la noche del Jueves al Viernes Santo. Sin embargo, este retiro debe caracterizarse por la brevedad de la exposición, por el silencio en nuestro espíritu y la contemplación callada de la figura de nuestro Maestro divino, Cristo Sumo y Eterno Sacerdote, que va a consumir el sacrificio en la cruz.

Creo que es lo mejor poner unas imágenes a nuestra consideración, que recojan todo un ambiente y toda una realidad de la pasión y muerte del Señor. La estampa de Getsemaní, la estampa del Ecce Homo, y la estampa del Calvario.

Pero, ¿quién puede describir una realidad viviente de ese Getsemaní, que ha pasado a la historia por ser el escenario donde se verificó la agonía del Señor? ¿Y del Ecce Homo, esa figura majestuosa, la Santa Faz, un rostro escarnecido, herido, que contempla la maldad de aquel pueblo, la maldad de nuestros pecados? ¿Y un Calvario larguísimo, clavado en la cruz, deshecho, tres horas, minuto tras minuto? ¿Quién puede contemplar esto sin sentir? Pero en silencio, porque no hay quien lo pueda describir adecuadamente.

**Getsemaní.** Allí está el Señor. Getsemaní es la estampa de la aceptación. No podemos nosotros comprender a dónde llegaba aquella frase del Maestro divino repetida una y otra vez: «Padre, si es posible, pase de mí este cáliz». Jesucristo, en oración humilde, siempre resignada, siempre gozosa en lo que quiera el Padre, tenía la confianza filial de decírselo. ¿Es posible entender bien, penetrar al fondo del corazón de los sentimientos del Señor?: «Padre, si es posible...» Qué dolor, qué amargura, qué queja amorosa, sin protesta y mucho menos rebeldía ante una voluntad de Dios clara y manifiesta. Pero, qué menos se le puede conceder a un Hijo que le diga las cosas a su Padre.

Y es cuando el Señor, persona divina encarnada –que está decidido ya de antemano a aceptar esa voluntad, pero la congoja está produciéndole tristeza hasta la muerte–, ante ese silencio del Padre, sacando fuerzas de flaqueza, acepta; porque la voluntad del Padre es que «no sea posible que pase ese cáliz». Y el Señor dice: «Hágase tu voluntad». Este es Getsemaní, la estampa de la aceptación de una voluntad de Dios.

Ante esto, el alma se queda en silencio, recogida, ante esa figura majestuosa. Una aceptación maravillosa, que al Padre le agradó plenamente. Era su Hijo predilecto en quien tenía puestas sus complacencias. Pero en aquella ocasión no se repitió ni la escena del Jordán, ni la escena del Tabor. Allí estaba Getsemaní a oscuras. El enemigo al acecho y los demás... Solo el Señor.

«**Ecce Homo**». Es la estampa de la flagelación. El Señor callado, con un silencio que desconcierta a sus verdugos, a sus acusadores y a un juez cobarde e inicuo. «¿Pero no contestas?» Callaba... Los ojos semi-cerrados, la Santa Faz velada por tanto dolor y tanta mezcla de sudor y sangre. Callaba... Es una aceptación gozosa, es una aceptación satisfactoria. Está dando gusto al Padre, aunque está escuchando lo más horroroso que pudiera pronunciar palabra humana: ¡Crucifícalo!

Aquella figura, aquel silencio, aquel gesto... Un cuerpo que está hecho una llaga, después de una noche terrible, después de la flagelación y coronación de espinas; un espíritu que está como tembloroso porque sabe lo que va a pasar, y al fin y al cabo está sintiendo todo cuanto sentimos los hombres al esperar una desgracia. Está sintiendo que será la crucifixión el final de su vida. Y a pesar de eso ¡qué majestad! ¡Qué gesto más admirable! El misterio de la Santa Faz.

**Calvario.** Allí, el Señor en medio del sufrimiento, el dolor físico y el dolor moral. El físico porque la muerte de la crucifixión es el martirio más espantoso, por testimonio incluso de los mismos paganos. El Señor, clavado en la cruz, está como invitándonos a seguirle, a tomar la cruz. En medio de ese dolor acerbo, está sereno. Tres horas escuchando insultos, desprecios, minuto tras minuto. En el interior, dialogando con el Padre, repitiendo aquella plegaria, que la diría muchas veces: «Padre, perdónalos».

Está terminando esa obra que le ha encomendado el Padre para obtener un perdón universal, para todas las almas: «Padre, perdónalos». ¡Qué majestad! Está en un trono de ignominia, de desprecio, pero está en un trono de majestad.

Y cuando ya termina todo, su palabra divina: «consummatum est». Padre, ya está la gran tragedia del mundo solucionada. Está dada ya la plenísima solución, y además está entregado el precio que tu justicia divina exigía, un precio de valor infinito. «Está

terminado todo». «Padre, en tus manos entrego mí espíritu». E inclinando la cabeza; murió.

Podéis pensar todo un Vía Crucis, lento... Detalles magníficos, que unos recoge el Evangelio, y otros son detalles que nos da la piadosa tradición de siglos.

**Getsemaní** es la aceptación de todo cuanto puede venir. Es la estampa más aplicable a nuestra situación, sea cual sea. Es un gesto del alma que se levanta, valiente, para decir: Señor, lo que tú quieras. Y el Señor alaba, agradece, y puede aceptar... No te vuelvas atrás. Se dice en Getsemaní: «hágase»; y cuando venga la cruz, ya se dijo sí, y no se vuelve atrás.

Al Señor le gustan las almas decididas y animosas. Al Señor hay que hablarle siempre con sinceridad. No le agrada el desdecirse uno mismo, el decir sí y luego, ante el momento decisivo de llevar a cabo las consecuencias de ese sí que se dijo, puesta ya la mano en el arado, volver la cabeza... Eso no puede ser.

Getsemaní nos permite explicar, razonar, exponer, pedir, suplicar; pero Getsemaní en toda su plenitud termina diciendo: «Hágase tu voluntad».

**Ecce Homo.** Allí está la aceptación del dolor viviente, o sea, que ya ha llegado la hora. Y esa hora puede ser enfermedad, puede ser lucha de espíritu, puede ser ahogo del alma... Pueden ser pruebas muy fuertes, oscuridades muy profundas, tinieblas hondas, puede ser lo que sea; pero, ya ha llegado la hora. Pues ahora, santa paz; ahora, majestuosa postura de un alma que sufre en silencio, pero siempre confiada. Por eso es una aceptación gozosa, una aceptación en la que el Padre ya está llevando a cabo todo su plan, paso a paso.

**Calvario.** Ahí se dan cita los dolores del cuerpo, las humillaciones del alma, las tinieblas interiores del espíritu, del corazón. No puede más y llega a decir: «Dios mío, ¿por qué me has abandonado?»

Alma, si te llega a ti un momento en que te parece que hasta Dios te ha abandonado, que parece que ya está todo acabado, que las tinieblas exteriores son símbolo de las

interiores; cuando veas que ese Dios, te parece a ti, que está como una argolla ahogando tu espíritu, puedes tú decirle, con calma y con sumisión gozosa, con aceptación filial: «Dios mío ¿por qué me has abandonado?»

Porque ciframos toda nuestra perfección, toda nuestra santidad, en ser como Él. Pero ser «como Él» quiere decir imitarlo en todo: desde ese Niño de Belén, hasta el Gólgota. Aceptándolo todo: fíat, fíat. Ser como Él quiere decir: cuando estás ya en la prueba, cuando no te explicas esas circunstancias que han venido, ni cómo vienen, ni cómo pasan, dile por dentro: «Padre, hágase». No te vuelvas atrás, ¡adelante! Sube a la cima, a ese Gólgota, donde se dan cita las almas que aman de verdad al Señor, las que quieren ser y van siendo «como Él». Sigue hasta allá...

Y cuando ya el Señor va a consumir su plan sobre tu alma, tú contéstale siempre, o con silencio, o en expansión filial, con satisfacción plenísima: «todo está terminado». «Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu». Y entonces, tienes derecho a morir.

Vigilemos y oremos, para que la sinceridad de nuestra aceptación de Getsemaní se convierta en la realidad de imitar la muerte del Calvario, que de una u otra forma se cumple en casi el cien por cien de todas las almas que mueren de amor.